

LAS PALMAS



El domingo de su día se cimbrearán, gallardas y vencedoras, en el interior de los templos, y majestuosamente recorrerán las naves de las catedrales, llevadas por los sacerdotes, en la solemnísimas procesión de Tercia. Muchos las conducirán á sus casas y orlarán con ellas los balcones como con un escudo de nobleza cristiana.

Para los discípulos y amadores de Jesús, la palma es el símbolo de aquella triunfal entrada del Salvador en Jerusalén, que precedió á los trágicos sucesos de la Pasión. Nuestro Señor fué recibido en la ciudad de David con vítores y aclamaciones por fervorosos discípulos que, para festejar y honrar al Divino Maestro, tomaron en sus manos *ramos de palmera* según nos refiere San Juan.

Era costumbre antigua de los judíos: una palma, tremolada como una bandera, equivalía á un *viva*. Con palmas recibían á los triunfadores; con palmas daban la bienvenida á los huéspedes ilustres.

En la risueña y encantadora Galilea, las palmeras abundaban que era un primor; ya formando hermosos bosquecillos; ya esparcidas entre los sicomoros, los almendros, los terebintos, los aloes y los granados; ya, finalmente, descollando, solitarias y gigantescas, sobre los campos de trigo y sobre los viñedos. Pero no había en toda Palestina paraje más rico en palmeras, ni más famoso por serlo, que el valle del Jordán, hacia donde se asentaba la ciudad de Jericó. Era ésta, desde tiempos remotísimos, una plaza fuerte, de las más fuertes de todo el país; y como ha sido muchísimas veces teatro de los más cruentos y espantosos episodios históricos, los muros de Jericó, altos y sombríos, querían contar á todo el que se detenía ante ellos, lúgubres leyendas de sitios memorables y de horribles asaltos; pero esta impresión se desvanecía por aquel bosque de palmeras que la Naturaleza había colo-

cado tan graciosamente alrededor de la ciudad terrible; la Historia quería ser allí trágica, pero la Naturaleza se había empeñado en ser idílica. Y el idilio vencía á la tragedia.

En la montañosa y seca Judea, las palmeras no crecían sino en algunos sitios hondos y frescos y en los jardines de las quintas y casas particulares. No había judío que tuviese un huertecillo, que no plantase en él ó que no conservase, si sus ascendientes la habían plantado, la palmera simbólica y útil, el árbol nacional que prometía victorias al pueblo y recordaba las antiguas, y del que sacaban al mismo tiempo las mayores utilidades y ventajas para la vida.

Los israelitas se servían de la madera de palmas para sus edificios y muebles. ¡Cuántas veces las manos venerables de San José trabajarían en esa madera! El jàrabe de palma empleábanlo también, como hacen los egipcios, para condimentar sus sencillos manjares; el aceite les era precioso. Pero, sobre todo, el dátíl era de uso universal y apreciadísimo; los dátiles y el agua constituían el cotidiano desayuno y el único regalo de los campesinos hebreos, de aquellos pastores que, *en la noche que fué nuestro día*, adoraron los primeros al Redentor, nacido en el establo de Belén.

La palma simboliza, desde los más antiguos tiempos, dos ideas que no parecen tener á primera vista muy estrecha relación, pero que, sin embargo, la tienen íntima, indisoluble, á saber: las ideas de victoria y de pureza. La palma es el galardón del vencedor en la guerra y el ornato del verdaderamente virgen, esto es, del que no sólo es virgen del cuerpo, sino del alma. La fuerza y la castidad únense, pues, en este hermoso símbolo vegetal como en el símbolo mitológico de Minerva. Minerva es, á la vez, diosa de la guerra y diosa de la pureza, ó de la pureza que podían concebir los paganos; es fuerte, porque es pura; y es casta, porque es fuerte. La palma es la insignia propia de Minerva. El guerrero que triunfa, y la virgen que muere, la llevan sobre su carro y sobre su ataúd.

Los mártires del Cristianismo, los más sublimes vencedores de la tierra, son los que con mayor derecho tremolan la *palma*, y con ellas en las manos entran en el Paraíso como cantó Prudencio. El coro de los Mártires y el coro de las Vírgenes, mirados desde lejos, parecerán dos hermosísimos bosques de palmas.

Y es cierto que las palmas de la tierra no parecen cosa de este mundo, sino del Paraíso.

En el Terrenal debió haber muchas; quizás la semilla de las palmeras fué de las pocas que sacó Adán de aquel lugar de delicias. Así, por lo menos, lo creen los poetas árabes, en cuya poesía las palmeras son obligado fondo de paisaje, y á veces personajes principales. Nada tan bello como el canto á la palmera, de Abderramán, el simpático y caballeresco fundador del califato de Córdoba.

Las tres grandes religiones: el judaísmo, el Cristianismo y el mahometismo tienen, pues, en mucho á la palma. Pero en la manera de considerarla varían radicalmente. Sólo la Religión verdadera tiene de la palma el verdadero concepto: el concepto de castidad y de victoria, y por lo mismo el símbolo de Cristo que fué la pureza absoluta y el Divino vencedor del mundo, del demonio y de la carne. Llevemos á su templo gallardas y vencedoras palmas, y después que nos las bendigan sus sacerdotes, orlemos con ellas nuestros balcones para que todo el mundo vea que somos cristianos; que no pertenecemos á los judíos que el Viernes Santo gritaban en el Pretorio: *crucificalle, crucificalle*, sino á los sencillos y candorosos galileos que el Domingo de Ramos tendían sus mantos sobre el camino de Betania á Jerusalén, y agitando las palmas que llevaban en las manos decían: *¡Hosanna al Hijo de David!* La palma en nuestros balcones significa que queremos que Cristo entre como vencedor en nuestros hogares, y que en ellos reine como Soberano hasta el fin de los siglos, mientras que de nuestra generación queda vestigio sobre la tierra.

A. SALCEDO

